

ALICIA MATAS

# AMOR EN PRÉSTAMO



ALICIA MATAS

**AMOR EN  
PRÉSTAMO**



ALICIA MATAS

# AMOR EN PRÉSTAMO



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



**Ediciones Kiwi**

Primera edición, febrero 2025  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-10479-94-4  
Depósito Legal: CS 907-2024

© del texto, Alicia Matas  
© de la cubierta, Borja Puig  
Corrección, María Coma

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
[www.grupoedicioneskiwi.com](http://www.grupoedicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Esta novela está dedicada,  
en primer lugar, a todos los bibliotecarios:  
gracias por ser guardianes de un valor incalculable.  
Y, en segundo lugar, a todos los que, al igual que Ruby,  
sienten ese amor incondicional hacia los libros.  
Ellos son nuestro refugio.



# Playlist

- ♪♪ *Light the way, Peter Verdell & Leslie Powell*
- ♪♪ *Robbers, The 1975*
- ♪♪ *Bottle rocket, Jimi Somewhere*
- ♪♪ *Chemical, Post Malone*
- ♪♪ *Someone to you, Banners*
- ♪♪ *Somebody to love, Queen*
- ♪♪ *Sweet nothing, Taylor Swift*
- ♪♪ *Tough Love, Gracie Abrams*
- ♪♪ *When I'm with you, Ben Rector*
- ♪♪ *Steal the show, Lauv*
- ♪♪ *Lose control, Teddy Swims*
- ♪♪ *Run like a river, Jamica*
- ♪♪ *Same sun, Ryan Harris*
- ♪♪ *Beautiful Things (Acoustic), Benson Boone*
- ♪♪ *Modern loneliness, Lauv*
- ♪♪ *Love U like that, Lauv*





# PRÓLOGO

No recuerdo mi infancia sin un libro. Las noches en vela mientras leía a escondidas con la linterna bajo las sábanas para que mi madre no me descubriera. Aquella sensación indescriptible cuando el capítulo final llegaba, acababa y me tocaba despedirme de ese amigo que me había acompañado durante un tiempo. Porque ya acertó James Naughtie cuando dijo que amar un libro era conocer a fondo a un amigo que se deseaba conservar, costase lo que costase.

Los libros tenían ese poder, y ya desde pequeña yo deseaba conservar no solo uno, sino todos los amigos literarios posibles. Pronto descubrí que esa preciosa obsesión tenía un nombre: bibliofilia. El amor por los libros, en especial por aquellos raros y curiosos. No sé cuándo comenzaría esta fascinación, pero descubrí por casualidad los llamados «libros egipcios de los muertos», escritos sobre papiro y que tenían la misión de guiar en el más allá a los difuntos, y ahí comenzaría una pasión que me llevaría a ser quien soy hoy en día.

Bueno, esa era una de las dos razones, pero también ayudó una preciosa Rachel Weisz interpretando a la bibliotecaria más conocida de todos los tiempos. Una oda al amor por los libros en la que una enfadada Evelyn

Carnahan estallaba contra el engreído de O'Connell por no tomarla en serio y nos regalaba su ya mítico alegato: «Estoy muy orgullosa de ser lo que soy... ¡Soy una bibliotecaria!». Creo que su ímpetu en *La momia* me enamoró desde el principio y por eso la inmortalicé en el interior de mi brazo derecho. Ella era mi musa y me atrevería a decir que la de todos aquellos que amábamos los libros de una forma honesta e incondicional.

Al fin y al cabo: los libros eran el hogar donde refugiarse tras un día duro.

Daba igual que lloviera, nevara o el calor te abrasara hasta quemarte la piel: ellos te esperaban en casa, pacientes y sanadores, y custodiaban aquel tesoro que te revelarían tras pasar las páginas de una historia que se quedaría junto a ti; con suerte, durante mucho tiempo. Pronto aprendí que esos amigos silenciosos merecían ser cuidados y venerados con el mismo amor que nos devolvían, así que me hostigué en cuerpo y alma durante cuatro años para graduarme en Biblioteconomía y Documentación.

No fue tarea fácil, en especial cuando la doctora Rígida la Terrible nos aplastaba las esperanzas y los suspensos inundaban el tablón de anuncios en el pasillo de su despacho. Aquella mujer sin pizca de compasión

hacia el ser humano nos había hecho morder el polvo en contadas ocasiones, y aprobar los exámenes de Catalogación Descriptiva se convertiría en todo un deporte de riesgo. Y no exageraba en absoluto.

Todavía recuerdo a la pobre Lilibeth que recurrió a la Convocatoria de Gracia como último recurso para aprobar la asignatura y Rígida la Terrible entró en cólera, tachando el procedimiento como: «una total falta de respeto por parte de la administración universitaria para favorecer a aquellos alumnos vagos e ineptos». Al parecer, que el Rector concediera este derecho a los alumnos que, tal y como ocurría con Lilibeth, habían agotado las seis convocatorias resultaba un insulto a su trabajo.

Pobre Rígida la Terrible. En los últimos años, su recuerdo me había venido a la mente más veces de las que hubiera deseado y, aunque la posibilidad de haberle echado cianuro a su café había sido una idea más que meditada durante los años que la tuvimos como profesora, pese a todo, aquella mujer nos había enseñado a valorar el oficio como nadie. Su respeto hacia los ejemplares era incuestionable y su trayectoria académica más que envidiable.

Por esta razón, me adentré en el excitante mundo de las oposiciones. Deseaba ser una Rígida la Terrible, pero más azucarada y sin la sospecha de cianuro en mi café. Quería tener todos los conocimientos, por si algún día el universo me recompensaba con el tremendo privilegio

de poder trabajar con un incunable, o si, por el contrario, me daban gato por liebre y me colaban algún facsímil de dudosa procedencia. Mi sueño era estar rodeada de libros; poder estudiarlos, preservarlos y darles el valor que merecían para que otras personas los descubrieran.

Tomé la decisión de opositar para bibliotecas, pese a que podría haber elegido la docencia. Sin embargo, no quería ser una Rígida la Terrible, deseaba tener la inteligencia de esa mujer, pero sin quedarme en un despacho. Quería ensuciarme las manos y trabajar en lo que siempre me había gustado: los libros. Por eso, durante un año me volví una ermitaña adicta al café, con ojeras permanentes y trastornos del sueño. Todo un caramelo caído del cielo para Freddy Krueger, sí.

Sin embargo, la súplica a mis plegarias se vio recompensada cuando aprobé la convocatoria. Todo aquel año de sacrificio se vio materializado en una plaza en la Biblioteca del Cittadella College: uno de los diez campus universitarios del país con mayor proyección de los últimos años. Ni en sueños lo hubiera planeado mejor, ni yo ni Krueger. El caso es que estaba trabajando en la Biblioteca de mi ciudad; en aquel santuario que había pisado por primera vez como alumna, más tarde como opositora y en este momento como bibliotecaria.

¿Casualidad? No lo creo. Mi abuela decía que las cosas que eran para nosotros siempre estaban destinadas a encontrarnos.

Aunque entre tú y yo...

No sé si la abuela tenía razón en esto, lo que sí sé es que el destino me tenía reservado el mejor de los castigos. Y ahora es cuando te pones cómoda en el sofá, te preparas una taza de café y te cuento la historia de cómo el universo conspiró contra mí y me llevó directa a los brazos del insufrible hijo de la doctora Rígida la Terrible.

## **CDU**

### Clasificación Decimal Universal

1. El modo que tiene una biblioteca de organizar sus fondos por materias.
2. Gata preciosa de ojos verdes. «Caprichosamente Diva y Única».





# CAPÍTULO 1

## Ruby

Por todos los bibliotecarios era sabido que el conocimiento humano, a veces un tanto estúpido cuando se lo proponía para según qué ciertas cosas, se ordenaba a través de un sistema de clasificación llamado «CDU». Para los mundanos de a pie, esta sigla hacía referencia a esos números y signos que aparecían en los lomos de los libros y que, seguramente, alguna vez te habrías preguntado para qué servían.

A mí me ayudaban a encontrarte ese libro de Ali Hazelwood que deseaba leer si un día pasaba por la Biblioteca del Cittadella College. A ti, además de sumergirte en una lectura fabulosa —#SomosTeamHazelwood—, también te serviría para conocer la ubicación del ejemplar. Y, con suerte, si pasabas por el mostrador de préstamo te recomendaría otras muchas historias interesantes.

Aunque regresando a este término, la CDU se podría definir como el método de salvación de los biblioteca-

rios y también de tortura para los usuarios. La mayoría de las bibliotecas del mundo utilizaban esta clasificación con el objetivo de ordenar sus fondos por materias y tener así una visión ordenadita de todos los libros que se albergaban tras de sus puertas. Si deseáis mi opinión, creo que estaba diseñada para que tardaras más en encontrar el libro y, por tanto, tuvieras menos ganas de robarlo —si es que eras una *persona non grata* que robaba libros de una biblioteca—. Si eras de esa clase: por favor, devuélvelos, esos libros jamás serían felices contigo.

El caso es que la ya mencionada CDU era igual que los doscientos treinta metros en los que se erguía la Gran Pirámide de Guiza; sin este núcleo sólido no había maravilla del mundo que se apreciara. En mi caso, mi particular CDU tenía unas garras bien afiladitas y unas patitas regordetas que, justo en ese momento, me aprisionaban el pecho y me recordaban la razón por la que tenía que ponerla a dieta.

Sus ojos verdes resplandecieron en la oscuridad de la habitación y me recordaron que ya debería estar despierta para darle su primera ración del día. Porque todo el mundo sabía que, si yo no me levantaba ya, ella despertaría a todo el bloque con sus atronadores maullidos.

—Ya voy, ya —protesté, medio adormilada mientras tanteaba, descalza, el frío suelo. CDU era mi despertador personal, mi base de Guiza y mi compañera fiel a la

que jamás podría embaucar—. ¿No tienes otra hora a la que levantarme?

CDU levantó su cola, señal de que se había salido con la suya.

—¿Quién desayuna a las seis de la mañana?

Maulló más alto y con más urgencia.

—En serio, ¿es que quieres acabar con tu madre? —le solté entre dientes ante el *show* gatuno con el que me estaba deleitando y salí en dirección a la cocina a medida que palpaba a ciegas hasta que di con la luz del pasillo—. No seas impaciente, desagradecida.

—¡Miaaaaau!

—Por lo que más quieras, como despiertes al de arriba te quedas huérfana.

Me apresuré mientras aquella bola de pelo me seguía por todo el piso y pasé por el comedor hasta llegar a la cocina. Por supuesto, CDU ya se me había adelantado y se había colocado al lado de su comedero. No sin antes lanzarme esa mirada juiciosa que, en silencio, gritaba: «¡Dame de comer de una puñetera vez, humana esclava!».

—Está bien, aquí tienes.

Mi gata lanzó un bufido, entre ansiosa y enfadada. Todavía mantenía la esperanza de que en alguna oca-

sión me respondiera, pero, como no viviría lo suficiente para que ese hito se produjera, me imaginé que en su dialecto gatuno sonaría algo así como: «que te den, humana».

—Algún día probarás la vida callejera y tendrás que cazar tu propia comida sin que tu madre esté a tu lado para ayudarte —la sermoneé en alto y la vi engullir el pienso de pollo, que le encantaba—. En serio, no serías capaz de cazar ni una mosca.

Porque, claro, mi gata era una real señorona: nacida para ser servida de por vida.

Me crucé de brazos y bostecé, sabiendo que sería casi imposible volver a conciliar el sueño, así que me preparé el primer café de la mañana. Saqué la cápsula de *cappuccino* y la introduje en el mejor regalo de cumpleaños que mi madre me había hecho en mucho tiempo: mi cafetera Nescafé Dolce Gusto Krups Infinissima.

Si algún día el café desaparecía de este mundo, yo iría detrás de él. No exageraba. Ahora entendía a la perfección a Edward Cullen cuando le había dedicado a Bella aquello de que era exactamente su marca de heroína; un poco inquietante, a todo esto. Pero hablamos de un vampiro que brillaba a la luz del día, tampoco podíamos pedirle peras al olmo.

Me puse de puntillas y alcancé mi taza favorita con el lema «trabajo duro para que CDU pueda vivir como una reina» y me deleité con el primer aroma dulce del

día. El olor a café debería considerarse como uno de los más placenteros del mundo.

El ronroneo de la gata me hizo salir del trance.

—Ya no hay más comida.

CDU me lanzó una mirada malévola para, segundos después, abandonar la cocina con gesto resentido. Adoraba a aquella condenada gata arisca y vengativa.

—Me amas —le susurré, triunfal.

Reí por lo bajo y, con la taza en la mano, salí al salón. CDU no tardó en llegar hasta mí y acomodarse entre mis piernas en cuanto me senté en el sofá. Me tapé con la manta y abrí el portátil. La última diapositiva en la que había trabajado hasta ayer tarde se materializó frente a mí y la emoción por acabar la presentación del proyecto me cosquilleó el estómago. Toda mi energía estaba puesta en aquella oportunidad que la directora nos había ofrecido para organizar el próximo Centro de Interés de la biblioteca y, por supuesto, ganaría contra Palladino y su Colección de Novela Negra.

—¿No crees que molaría más tener una Colección de Novela Romántica en la biblioteca? —pregunté, y CDU me ignoró. No me di por vencida—. Los alumnos necesitan historias de amor, no de suspense; ya tienen

suficiente intriga con saber si aprueban o no los parciales. ¿Crees que podría incluir a Ali Hazelwood? Sí, definitivamente *La química del amor* tiene que estar en esta selección.

Corregí una errata que se me pasó anoche y seguí hablando en alto.

—¿Tú crees que Enzo Vogrincic sería elegido como prota? —Le eché un fugaz vistazo a la gata mientras esta bostezaba—. Pagaría por verlo en el cine como Carlsen, en serio, ese hombre lleva la palabra «atractivo» escrita en su persona.

Pasé a la siguiente diapositiva y comencé a teclear las razones por las que la Colección de Novela Romántica del Cittadella College sería la propuesta más acertada para el nuevo Centro de Interés de la biblioteca. Por supuesto, ya conocía de antemano los argumentos que emplearía Palladino para justificar su obsesión por el *true crime* al recomendar a sus amiguitos Allan Poe, Conan Doyle y compañía.

Esto era distinto. Por primera vez desde que trabajaba en la biblioteca se me había dado voz para argumentar los motivos por los que consideraba correcta esta colección para los usuarios. La novela romántica era la hermanastra fea de Cenicienta y siempre se la trataba de la forma más injusta. Todos los eruditos la menospreciaban, pero el valor de la romántica se mantenía año tras año. Y lo que la mayoría de esos eruditos no sabían era

que las listas de los libros más vendidos se resumían en eso: en historias de amor.

Adoraba a Palladino, pero lucharía hasta el final para organizar esta Colección de Novela Romántica y honraría a todas esas historias infravaloradas bajo el yugo del elitismo más rancio y descarado.

De pronto, el móvil resonó por todo el salón y me sobresaltó.

—¿Qué haces despierta?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Tu prima y su ansiedad con la comida —le dije a mi sobrina y enfoqué hacia la bola que ahora estaba acurrucada entre mis piernas. Margot comenzó a reír y, como ya era habitual, la videollamada perdió conexión—. ¿Todavía seguís robando el wifi?

—Somos estudiantes, pero no ricos.

—Podrías ser estudiantes con principios.

—Sí, ya... me lo dice la que robaba rollos de papel higiénico de los servicios de la universidad —contrató Margot, y no pude evitar sonreír ante esto. La vida universitaria era toda una experiencia religiosa, siempre y cuando no te encontraras con una Rígida la Terrible que destrozara tus sueños.

—¿Qué haces? —Arrugué las cejas al ver todos los

apuntes esparcidos sobre su escritorio. Técnicamente, su máster no comenzaba hasta la próxima semana.

Margot se encogió de hombros y le restó importancia al hecho de estar despierta a las seis de la madrugada, indagando en la bibliografía recomendada del máster del que no había parado de hablar desde hacía meses.

—Estoy documentándome un poco.

—¿Nadie te ha dicho que tienes complejo de Hermione Granger?

Me ignoró y contraatacó con aquella pregunta:

—¿No tendrías que estar preparándote?

—Lo haré en cuanto consiga quitarme a esta bolita adorable de mi regazo sin sentirme la peor humana del mundo.

—Tienes un problema con esa gata, *rubi* —dijo. La callé con el dedo para que no continuara con su verborrea—. Por cierto, ¿te veré mañana? Celeste piensa que te has vuelto un tanto obsesiva con ese tablero de exposición que llevas a todas partes... El de la Colección de Novela Rosa de la que no paras de hablar a todas horas.

Obvié esa connotación malévola acerca de la novela romántica y le dediqué un gesto con mi bonito dedo corazón.

—Si no fueras la nieta favorita de mi madre te despreciaría en estos momentos, *Margoléfica*.

—Soy su única nieta. Venga, sabes que estás un tanto rarita.



—Cuando termines tu máster y te prepares para incorporarte al cruel mundo laboral entenderás que, si deseas que te tomen en serio siendo la nueva, deberás demostrarles tu valía al actuar como una veterana más —argumenté, y Margot me escuchó con sus atentos ojos—. En serio, Palladino es un dinosaurio a mi lado. Lleva tropecientos años trabajando en la biblioteca y su Colección de Novela Negra ya cuenta con el beneplácito de la directora, incluso antes del veredicto.

—No exageres.

—Tengo que hacer una presentación excepcional para que cambie de opinión y competir contra el jefe de equipo no ayuda.

—Puedes echarle cianuro en el café —sugirió Margot de forma macabra.

—Palladino no es una Rígida la Terrible.

—En este momento es un impedimento para que consigas tu objetivo.

Le devolví la mirada a mi sobrina como si pudiera descifrar si lo que decía era verdad o tan solo había mejorado su sarcasmo. Si se trataba de esto último estaría plenamente orgullosa, a decir verdad.

—Me preocupas, Margot.

Ella alzó los brazos en señal de derrota.

—Lo entiendo, estás estresada y este proyecto es importante, de verdad que sí. Pero me gustaría pasar tiempo con mi tía favorita... —admitió. Tenía la intención de cortarla, pero Margot ya estaba silenciándome con la mirada—. Ya sé que eres la única, pero ese no es el caso. Dentro de unos meses comenzarán los exámenes del cuatrimestre y no podré pasar suficiente tiempo contigo. ¿Podrías aceptar la cena que tu adorada sobrina te tiene preparada mañana y olvidarte del trabajo por unas horas?

—Está bien —susurré, a regañadientes, y ella vitoreó de manera discreta.

—Además, los chicos y yo necesitamos información sobre los profesores.

Sorbí el último trago de café y le devolví el gesto con desagrado.

—¿Eres consciente de que hay algo llamado Ley de Protección de Datos, Margot?

—Venga, *rubi*, no queremos saber dónde viven, pero sí que nos pases información sobre los libros que tengan en préstamo. Tú me entiendes... —Me guiñó un ojo con descaro—. O si os piden ayuda para buscar algún recurso en concreto —añade. Veo que de verdad habla en serio—. Ya sabes, tienes que ser nuestro agente encubierto.

—Te voy a colgar, *Margoléfica*.

—¡Al menos trae nachos! —soltó antes de que me despidiera de ella.

—Por esta razón no quiero llevarte a casa de tu prima —le comenté a CDU, que ya me seguía por el pasillo hasta la habitación—. Tú y Margot seríais el nuevo eje del mal.

Abrí el armario y comencé a vestirme. Saqué la sudadera con el juego de palabras de «I ♥ CDU» que Margot me había regalado en mi último cumpleaños y me embutí en los vaqueros antes de cepillarme los dientes a toda prisa. Como ya era habitual, iba tarde. Salir del casco antiguo de Cittadella, donde vivía, se estaba convirtiendo en misión imposible durante las mañanas, y llegar al campus sería una odisea. Pero, como buena temeraria, siempre desafiaba al destino, hasta que este se cansara de concederme trato de favor. Y estaba segura de que pronto sucedería.

—Pórtate bien, gata del demonio —me despedí de CDU y agarré de la encimera el paquete de fresas que mi octogenaria vecina, la señora Margaret Oído Fino, me había dejado ayer en el umbral de la puerta al llegar a casa. Había sido un lunes terrorífico, pero aquel detalle había logrado que el día terminara como si estuviera en un videoclip de Katy Perry.

—¡Miaaaaau!

—¡No me hagas chantaje ahora! ¡Sabes que llego tarde!

Metí las fresas en el bolso y recogí las llaves de la vespa que se encontraban en el mueble de la entrada, saliendo disparada por las escaleras del antiguo edificio. Tal vez, si alguien me hubiera alertado de que ese día el destino dejaría de concederme favores, me habría preparado para lo que estaba por llegar. Lo irónico de todo era que la vida me había reservado un bombón envenenado de bonitos ojos de color avellana y, sin embargo, como siempre ocurría con toda buena historia de amor, lo que una menos esperaba que sucediera, más probabilidades tenía de cruzarse en tu camino.



La ciudad de Cittadella era el enclave perfecto para disfrutar de la vida universitaria, no lo decía yo, sino los últimos estudios de bienestar académico proporcionados a los alumnos que iniciaban esta nueva aventura académica. Las nuevas ofertas de titulaciones, la calidad de los servicios y su merecido reconocimiento a la excelencia pedagógica hacían que la Universidad de Cittadella se situara entre las mejores del país.

No era de extrañar que en los últimos años la pequeña ciudad acorazada hubiera triplicado su censo, principalmente gracias a todos estos estudiantes que se habían convertido en la principal fuente de ingresos. El Ayuntamiento de Cittadella, ya con la idea de exprimir

todo cuanto esta mina de oro pudiera ofrecerles, había adaptado sus servicios a las necesidades de los más jóvenes. ¿La única queja? La subida de precio de los alquileres se había disparado, y gente como esta susodicha ahora debía no solo alimentar a una gata con ansiedad por la comida, sino también donar un riñón para permanecer en el casco antiguo.

Amaba aquella zona de Cittadella tanto como me apasionaba mi profesión, pero tenía que ser realista: vivir en uno de los sitios con mayor encanto histórico también implicaba que se aligerara el bolsillo a final de mes. Por no hablar del gasto extra que suponía pagar el alquiler del garaje, donde Vespatis se resguardaba de los días soleados que amenazaban con deteriorar el barniz de su precioso color verde agua. Vespatis no tenía la culpa y, a decir verdad, tampoco su dueña, que había considerado buena idea comprarla antes de mudarse al lugar más bonito, pero con menos aparcamiento de toda la ciudad.

El trayecto hasta el campus no alcanzaba los veinte minutos, pero, en situaciones como esa donde mi puntualidad brillaba por su ausencia, agradecía tener a Vespatis para que me salvara el pellejo. Era obstinada y no aprendía la lección, no me justifico. Todas las mañanas

la misma historia: CDU me despertaba a las seis, luego hacía el café y, cuando me daba cuenta..., ¡pum! Debía prepararme para correr la maratón del año si deseaba llegar a tiempo.

—¡Eh, Ricaldi!

Oí a Palladino llegar hasta mí en cuanto aparqué a Vespasi en los aparcamientos del pabellón deportivo. Aquel era el único lugar viable si se deseaba regresar a casa después del trabajo tras un lunes o martes cualquiera. El principio de semana era un caos. Y mi estrés había disminuido considerablemente gracias a este hallazgo, y se lo debía a los compañeros de mantenimiento que nos habían revelado el gran secreto.

—¿Hasta qué hora te quedaste viendo documentales de crímenes anoche?

—No tan tarde. —Se acomodó el maletín de cuero en el hombro izquierdo y se ajustó las gafas. Nuestro jefe de equipo de mañana rondaba la treintena, aunque su fanatismo hacia los documentales de *true crime* parecía rejuvenecerlo de un modo que ni siquiera podía explicarse. Era como en *El Curioso caso de Benjamin Button*, pero sin ser Brad Pitt.

—¿Ya tienes tu propuesta terminada? —indagué, pero él no soltó prenda.

—Solo hay una propuesta, Ricaldi —me soltó una vez más con aquella firmeza que lo caracterizaba; en parte, protectora. Palladino no quería que me hiciera ilusiones

con respecto a la temática del Centro de Interés, ya que, según él, la Colección de Novela Negra sería la elegida.

—La directora está abierta a otras recomendaciones.

—La directora es, por decirlo de alguna manera, poliédrica. La cara puede variar según el día, pero siempre elige el postre antes que los entrantes.

Sonreí, ya que solo Palladino podía regalarme esas frases icónicas.

—¿Insinúas que mi alegato a favor de la novela romántica no estará a la altura?

—Si Dorotea quisiera una colección con tufo a unicornios blancos donde todos cantaran con los mecheros encendidos y con música *hippiosa* ya se habría jubilado.

—Palladino es lo único que suena dulce en ti —me ofusqué.

—Venga, vamos, tengo trabajo para darte hoy.

Lo detestaba y amaba a partes iguales: su implicación para con la biblioteca era irrefutable y su labor como jefe de equipo intachable. Palladino era como Rígida la Terrible en versión masculina, solo que con un humor ácido y con cierto complejo de Sherlock Holmes.

—Presentaré mi propuesta a la directora —lo avisé con terquedad a medida que me guiaba por la rampa que conducía a una de las entradas principales del campus.

—Siempre y cuando te pongas las pilas con las reclamaciones.

—¡Si las llevo al día! —Me crucé de brazos, casi ofendida—. Soy la Robin Hood de los morosos.

—Tengo nueva tarea extra —me explicó y rebuscó en el interior de su maletín.

Y, un segundo después, me hizo entrega de un informe con una lista considerable de usuarios. Junto a los correos institucionales, podía apreciarse lo que parecía la fecha de vencimiento de los préstamos que todavía no se habían devuelto.

Me detuve un instante y leí con detenimiento.

—Todos vencidos desde hace más de un año y... espera un momento. —Lo miré con cierto estupor—. Aquí hay algunos incluso de 2019.

—Son fondos perdidos. El año pasado tuvimos un problema con las máquinas de autopréstamo y la información de estos ejemplares se perdió —me contó. Pasé las páginas del informe y releí por encima—. Tuvimos que ocultar estos fondos hasta que los de informática arreglaron el *software*, pero ya se mascaba la tragedia. Al instalarse de nuevo, la máquina formateó todos los usuarios con préstamos y se les perdonó la sanción de manera automática.

—¿Estás diciendo que estos libros llevan sin reclamarse desde hace años?

Palladino asintió.



—La directora quiere que esta sea una tarea prioritaria, ya que el equipo de dirección de biblioteca desea saber cuáles de estos ejemplares se dan por perdidos del fondo de forma definitiva.

—Esto podría llevarme un tiempo.

—Tendrás todo el que necesites. —Percibí la sonrisita malévola que me dedicó y estuve al tanto de lo que vendría—. Y, si te sobra un poco, siempre podrás echarme una mano con la Colección de Novela Negra.

Reí ante su provocación, pero olvidé la ofensa nada más llegar a los jardines del campus, donde el bullicio se esparció por toda aquella ciudadela llena de juventud y anhelos; los mismos que habían sido también los míos años atrás.